

Amigas y amigos, cecilias y cecilios.

Felicidades de todo corazón. En 1953, los científicos Francis Crick y James Watson publicaron la famosa estructura de la doble hélice del ADN, esto es, del ácido desoxirribonucleico. La explicación del funcionamiento de la vida, de esos billones de células y de neuronas, que a estas fechas algunos reducen a una... o media.

Aquel 1953 fue un año glorioso. No en vano, aquella España estaba celebrando el estreno de Tres Sombreros de Copa de Miguel Mihura y el mundo el Esperando a Godot de Samuel Becket. Eran unos tiempos extraños en los que se estrenaba la Filmoteca Nacional y en el que la comunidad internacional reconocía a España como Estado Católico. Era una época prometedora porque había fallecido el tirano Stalin y había sido sustituido por el aperturista Nikita Jruschev, que como tal aperturista se abrió de vacaciones y de él nunca más se supo. Y también el año en el que Europa promulgaba la Convención Europea de Derechos Humanos.

En nuestra pequeña Huesca, ejercía de alcalde José Gil Cávez que acababa de sustituir a Vicente Campo. Parece el callejero de hoy. El 22 de noviembre, Nueva España daba parte de la primera actuación oficial después de su constitución de la que denominaba Rondalla Santa Cecilia, dirigida por el competente maestro don Agustín Cuello. Músicos de reconocida valía poseídos de un entrañable amor a las cosas de Huesca. Deseosos de que el grupo figurara en las páginas principales del folclore de Huesca. Y citaba figuras como Carmelo Betoré, Mary Amigot y Aurelio Zandundo.

Prueba número 1. Todo ha cambiado, pero nada ha cambiado. Hace setenta años, fundaron la Agrupación Folklórica Santa Cecilia músicos de reconocida valía poseídos de un entrañable amor a las cosas de Huesca. Esto es, la filosofía, la cultura, el sentido de la vida de la agrupación se ha perpetuado con una estupenda y perpetua juventud. Un pacto con la trascendencia y con la fe.

La Agrupación Folklórica Santa Cecilia es la expresión de esta tierra en toda su bendita amplitud. Escuela y Despensa. Joaquín Costa. La escuela a la que vamos a admirar y la despensa que ha sacado lo mejor para las tapas de mañana, y todas las manifestaciones que, en este 70 aniversario,

va a congregarnos en torno a la manera de celebrar que tenemos los aragoneses: la música y la mesa.

Por cierto, un inciso antes de que cualquiera de ustedes me precise que soy navarro. Soy 24 años navarro y a punto de 38 fato. Como diría José Mota si supiera la gracia que hay por aquí, “beaucop” de fato. Tanto que...

También les diré que mi abuela Isabel decía que la jota navarra es brava... Pero para elegante la aragonesa. Y añadía: esos vestidos, esos bailes, ¡da gozo!... Y levantaba así la cabeza, para sublimarlos hasta la cúpula celestial. También es cierto que la palabra de mi abuela no era de Dios, porque también decía que las actrices extranjeras eran muy buenas artistas pero feas. Claro, ella apenas veía más que a Laura Ingalls de La Casa de la Pradera...

¿Me permite la presidenta una licencia? ¿Me permite que me copia-pegue? ¿Que me imite? Bueno, en realidad esta es otra licencia mía, porque con el dominio del micrófono, uno es más soberano en la palabra que Puigdemont en Waterloo. Al tiempo, éste hará como el cómico de La que se avecina: que viene, que viene.

Pero ya que me ha dado permiso diré a todos ustedes voy a hacer un Cela. Un Cela es copiarse a uno mismo. El Premio Nobel, en cierta ocasión, repitió un artículo publicado años antes en ABC y, al ser reprendido, preguntó a su periodista interlocutor: ¿usted hubiera sabido escribirlo? Y, ¿sería capaz? Pues entonces léalo dos veces que igual se le queda algo.

Era mucho Cela. Pues bien, después de haberles escuchado a ustedes el 12 de agosto, en ese firmamento del atardecer en el que Lorenzo Acín celebraba desde allí arriba su 73 cumpleaños, su inspiración se convirtió en mi lumbre para definirles como “folclore a fuego lento y aromas puros”.

El escenario más apropiado para el misticismo y la magia en la ciudad de la Universidad Sertoriana, de la que emanaron once inquisidores que dieron buena cuenta de cientos de brujas en aquel tenebroso ambiente medieval. Pero también el más adecuado para lecciones de vida y cultura con la maravillosa definición vivaldiana de Las Cuatro Estaciones.

Me permití ese día jugar con la realidad y la ficción. Santa Cecilia tiene mucha verdad, pero quizás el mayor encanto que tiene es que todo lo que es necesariamente no tiene que parecer lo que es. O ser lo que parece.

Estas lecciones me las daba en vida, y me las sigue dando a fecha de hoy porque le tengo muy presente, mi querido Paco Bescós. Inolvidable. Siento que, ahora mismo, está susurrándome. Como es probable que, si nos llamamos todos...

Ha pasado un ángel. Rápido y discreto. Quizás sea el de Enrique de Ossó. O el de Ángeles Montori. ¿El de Pepe Rodrigo probablemente? Tomen el ángel que deseen. Y déjenlo que les acompañe. No sucede nada si de serie lleva incorporada una lágrima. No, una lágrima no se derrama. Una lágrima es la caricia que hidrata el alma. No sientan pudor por llorar. No lloran quienes no sienten. Y eso sí que es impúdico.

Folclore a fuego lento y aromas puros. La Agrupación es como el cobrador del frac. Allá donde está un oscense, está Santa Cecilia. ¿Qué mayeas en la Ermita de Salas? Santa Cecilia, Romario en multifunción y Jara a los mandos. ¿Qué comes en la fiesta de los fontaneros y los electricistas? Jara y sus mariachis. Y Víctor Miranda y Laura Val o Miguel Auseré y su bandurria con los de Palacagüina.

Santa Cecilia, para quienes le escuchamos, representa la elasticidad imposible del tiempo. Interpretaciones efímeras que se eternizan. ¿Alguien lo entiende? Y la mejor pregunta: ¿es necesario entenderlo? Hace muchos años, tenía el honor de entrevistar a Antoni Tápies y el genial pintor, a la pregunta probablemente necia del periodista sobre la interpretación del arte, replicaba: ¿Es preciso poner un hilo de razón a una sinfonía de Beethoven en el Liceo? No pierda el tiempo, joven.

Con la luz de otoño, Alacay, la creación. Las letras que se suman a la fiesta de nuestra cultura, que no es sino nuestra identidad. La tradición. ¡Ay de aquellos pueblos que renuncian a su tradición, y ay de los que permanecen inmóviles sin transformarla manteniendo su esencia! Palabra de Carlos Fuentes, escritor, rubricada por todos ustedes.

Santa Cecilia ha trascendido tiempos, lugares y vicisitudes. Emergió en los tiempos en los que, en ciernes, aflorarían las peñas recreativas y la manera de celebrar San Lorenzo que hasta San Lorenzo aplaudió y aplaude. Con don Emilio Miravé como artífice. Fueron muy peñistas los cecilios.

Vivieron etapas en las que la humildad era exigida para demostrar que la humildad es deseable, porque es una manera de entender la existencia. Cantaron en los festejos laurentinos y en los de toda la provincia, luego en

España y hasta el infinito y más allá. Dieron la bienvenida a las mairalesas en el año 1973, y a los pórticos laurentinos, y a esta aspiración legítima y virtuosa que es la declaración de la jota como bien patrimonio de la humanidad. Lo es, lo diga la Unesco o el sursum corda.

Es curiosa la evolución. La vida. La canción de cuna a María que simboliza la esencia de la Agrupación Santa Cecilia. La niña Monaj y los yayos Víctor y Laura. Y, en medio, un universo de historias, de vidas, de cuadros de baile, de cantos, de indumentarias hermosas, de aplausos y de oleadas de admiración. Doscientos socios, 80 artistas y 120 aspirantes escolares. Las cifras de la verdad.

Rondaderas picantonas, alindangos y juicios orales sin amnistía, todos asomados a la ventana esperando que, cualquier día de estos, podamos empezar a brincar nuestros corazones con la Jota de San Lorenzo.

Por donde pasa Santa Cecilia se abre un escenario de belleza y de verdad. Es muy importante la verdad en el arte de cuidar de los valores de nuestra tierra. Sin ir más lejos, en la Ofrenda de Flores y Frutos, cuando Santa Cecilia se detuvo delante de El Diario de Huesca y nos cantó, se nos abrieron las alas del corazón y de la emoción. Sí, lloramos, y luego reclamamos al corazón que volviera porque tenemos que hacerlo dar mucho de sí.

No puedo, ni debo, por caridad, responder en el mismo tono que Antonio Pertusa. Por caridad hacia ustedes. Pero sí puedo proclamar, con la sencillez de quien profesa el amor al servicio a nuestra tierra, que me halaga extraordinariamente que ustedes hayan tenido la paciencia de escucharme. Ustedes que son símbolo de ingenio, creatividad y virtuosismo

Y me van a permitir que felicite a Noravilla, Pedro, Carmen y Miguel Ángel en sus roles mágicos de mairalesas y mayores. Que les muestre a todos ustedes mi mayor admiración. Que les recomiende que sigan practicando las sesiones de recuerdos porque reconfortan y edifican. Y que les pida que nunca, jamás, abandonen el sueño que Agustín Cuello Laborda y sus coetáneos nos obsequiaron hasta la eternidad.

Una tradición portuguesa ofrece para la vida de las personas dos actitudes: construir o plantar. El constructor dedica años de su trabajo a perfeccionar el edificio en el que trabaja, pero cuando lo concluye se queda encerrado entre las cuatro paredes y el sentido de su existencia se diluye.

El jardinero sufre las embestidas de tempestades, de las estaciones y de toda clase de fenómenos adversos, pero, al contrario que el edificio, el

jardín no deja de crecer. Y, al mismo tiempo que exige la atención del jardinero, también permite que, para él, la vida sea una gran aventura. Los jardineros se reconocen entre sí porque comparten que, en la historia de cada planta está el crecimiento de toda la Tierra.

Con orgullo de un fiel admirador, permítanme simbolizar en ustedes mi amor a esta bendita tierra que nos permite sembrar nuestras vidas: ¡Viva Huesca!8765